

## HIJOS DE LA LUZ

Necesito contarlo, si no lo hiciera me volvería loca. Todo empezó la tarde en que la tía Lucía vino a ver a mi hermano, como tantas veces hacía, y él le enseñó sus encías mondas, sin rastro alguno de dientes, y mostró un alborozo, un júbilo sin precedentes que a todas nos alarmó por lo que tenía de novedoso, luego derramó su sempiterna estela de babas y volvió donde solía, al limbo sosegado donde habitan las almas inocentes.

Aquella sonrisa blanda y húmeda marcó un antes y un después en mi vida. Ahí supe que en mi hermano se había producido una transformación. En sus treinta años de vida nunca lo había visto sonreír con ese entusiasmo que ahora le manifestaba a la tía Lucía. Había instantes en que él demostraba un cierto contento, momentos tan breves como estrellas fugaces en que levantaba las comisuras de sus labios cerrados y en los que se le encendía la mirada cuando alguien lo trataba con ternura. Respondía a esos estímulos más que a ninguna otra cosa. La comida o el baño no lo estimulaban. Así que todos mis desvelos y los de mi madre quedaban anotados en el haber de nuestras conciencias con la única satisfacción moral de saber que hacíamos lo correcto. De él -¡pobre hermano mío!- no podíamos esperar agradecimiento.

Salvador era un ser elemental, ajeno al mundo y sus desvelos. Postrado en vida en su sillón ergonómico, estaba condenado a una muerte lenta. Con el paso de los años, yo había aprendido a interpretar sus necesidades: si llenaba la jeringa con la papilla, sabía que no podía administrarle más de un centímetro cúbico seguido, de lo contrario se atoraba y le entraban convulsiones. Mamá le encendía la televisión de una forma mecánica, sin saber que él no la veía, que sus ojos miraban la mayor parte del día hacia su mundo interior, esa morada íntima y exclusiva a la

que nadie tenía acceso, ni siquiera la tía Lucía, por quien él demostraba tanto afecto. Las tardes en que nos visitaba, ella llegaba y preguntaba, ¿cómo está hoy el niño? Y nosotros le comentábamos las incidencias desde su última visita, mientras mi hermano, enajenado, con su cuello ladeado, miraba hacia el techo o hacia ninguna parte, en ese diálogo mudo que cada día mantenía con Dios desde que a los tres meses de vida su cerebro erró las conexiones y su cuerpo y su alma tomaron la senda tortuosa que lo habían convertido en un ser tan singular.

Luego de instruirla sobre el deterioro progresivo que le observábamos, ella se acercaba hasta el niño, le tomaba sus dedos agarrotados entre sus manos huesudas y delicadas y lo besaba en la frente. Hola Dorín, le decía a continuación, y entonces mi hermano regresaba de su buhardilla de tinieblas, alumbraba las pupilas con una luz renovada y levantaba las comisuras de los labios, y ella le pellizcaba las mejillas y le limpiaba las babas que comenzaban a aflorarle.

-Hoy tiene mejor cara –nos decía mirándonos, porque la tía Lucía era muy positiva y siempre nos daba ánimos, a pesar de que sabíamos que mi hermano Salvador se encaminaba hacia el final.

Ese mes habíamos acudido tres veces al hospital con un cuadro de asfixia que nos hacía temer lo peor, pero al final se recobraba y nos mandaban de vuelta a casa. Así que, esa tarde, mostramos a la tía Lucía nuestra preocupación por mi hermano Salvador y le pedimos, a continuación, que nos animara un poco, y ella nos cantó coplas de columpios y luego se atrevió con el largo romance de *Gerineldo*, que se sabía de memoria, y nos reímos confortadas, y tomamos café con magdalenas, y el niño reía a su modo y emitía sus onomatopeyas ininteligibles y, de repente, éste agitó sus manos agarrotadas como sarmientos viejos y ahí fue que nos asustamos. El niño está nervioso, dijo mi madre, y entonces la tía Lucía se levantó de su silla y se acercó hasta mi

hermano. ¿Qué te ocurre, Dorín?, le preguntó, y él, incomprensiblemente, la rodeó con sus brazos como garfios, mostró sus encías desdentadas y movió la cabeza con los ojos brillantes, anticipando con la desmesura de sus movimientos inusitados lo que habría de ocurrir días después.

Tengo cuatro hermanos varones. Yo soy la única mujer de la casa, además de mi madre. Salvador es *el niño* para todos, a pesar de sus treinta años. Mi padre llega del trabajo y pregunta: ¿cómo está el niño?, luego sale y se va al bar. Mis otros hermanos llegan y ni preguntan, se dirigen directamente a la nevera, agarran lo que primero se les viene a mano, engullen como gansos de engorde y después se van a ver a sus novias. Yo no existo para ellos, a veces dudo de si significo algo para Salvador. Desde que tuve a mi hija todos me ignoran, soy la gran pecadora. ¿Qué saben ellos de mis sentimientos? Nadie me pregunta por qué me dejé embaucar por el amante de mamá, por qué recogí su calderilla de afectos cuando él se cansó de ella. Ni siquiera mi padre -¡pobre diablo!- tuvo la dignidad de recriminarme, es tan apocado, si se dedicara al boxeo sería un buen encajador, él recibe sin rechistar todos los golpes que la vida doméstica le va propinando, incluida yo, para qué engañarnos. Él no me apoyó cuando me quedé embarazada, pero yo sé lo que piensa, lo dejó escapar una vez que se armó de valor. Fue un sábado en que regresó a casa pasada la media noche, borracho como una cuba y andando en zigzag. Sois las dos unas putas, eso es lo que sois, nos dijo a mi madre y a mí, y todo porque no quisimos ponerle de cenar tan tarde, luego se sentó en el sofá y se quedó dormido al instante. Al día siguiente no se acordaba de nada de lo ocurrido en la víspera, y volvía a ser el hombre pusilánime que nunca levantaba la voz y que siempre miraba al suelo, el hombre gris que rumiaba en silencio su diaria ración de hiel, trabajando como una mula para que pudiéramos llegar a fin de mes sin apreturas, ese hombre que se arrastraba por los

rincones como alma en pena en las contadas ocasiones que paraba en casa. ¿Por qué permitió la infamia de Aquilino entrando y saliendo delante de sus narices, con mamá entregada, mientras él se machacaba los riñones en la obra? ¿Por qué no tuvo agallas para enfrentársele? A veces me pregunto si acaso cedí a los requerimientos de Aquilino como despecho hacia mi padre. Pero miro a mi hermano Salvador sentado en su sillón, con sus babas perennes a pesar de mis cuidados, su mente ensimismada habitando su sobrado de brumas, y comprendo que la culpa no es de mi padre. Y es que mi condición de mujer me ha marcado inexorablemente. Ya desde niña mi madre me reclamaba para que la ayudara con mi hermano enfermo. Ve a la botica por las medicinas, me mandaba de continuo, y yo, en esas ocasiones, sumisa aunque contrariada, dejaba mi muñeca en el regazo del niño y salía a la calle, donde mis otros hermanos jugaban a la pelota y corrían, y gritaban, y yo pasaba por su lado sin que se dieran cuenta de mi presencia, como si fuera transparente. Luego ya crecí y dejé la escuela, y mamá dijo que yo no trabajaría, que yo me iba a dedicar a cuidar del niño, que cuidarlo ella sola era demasiado trabajo, y yo la miraba con sus gafas de miope, con sus gruesos cristales convexos como enormes caparazones de mariquitas gigantes y sus piernas pobladas de varices, y comprendía que no le faltaba razón, así que consentí, y ahí fue que me perdí, porque cuidar de mi hermano resultó ser muy duro. Él se lo hacía encima y había que limpiarlo, y lavarlo, y perfumarlo, y había que cambiarlo de ropa para que estuviese presentable, y había que darle de comer con la jeringa, con paciencia, lentamente, un centímetro cúbico cada vez, para que no se atorase, y, a veces, todos los cuidados eran pocos, porque él, de todas formas, entraba en una crisis de espasmos y gritos y había que llevarlo al hospital, y ahí siempre estábamos mamá y yo, al pie del cañón, como heroínas de una guerra incruenta, y, claro, con el paso de los años fui comprendiendo que eso no era vida, que estaba perdiendo mi juventud.

Fue, quizás, por esta fisura de mi pensamiento que se coló Aquilino, porque una nunca sabe por qué da ciertos pasos. Acaso actué por mimetismo, por emular a mamá. ¡Estábamos tan compenetradas por aquel tiempo! Pero más tarde nació mi hija y se fue produciendo un distanciamiento entre mi madre y yo. Comenzó a faltar la fluidez y surgieron los reproches y los malos modos y las ordenes imperativas y se nos agrió el carácter.

Ahora comprendía que no me durasen los novios, todos salían despavoridos de mi vida en cuanto se les ocurría pensar en el futuro que les esperaba a mi lado, con mis hermanos pululando por la casa todo el día, sin empleo, pidiéndome cosas como si yo fuera su criada, todo el día pendiente del niño, con mi madre enfurruñada si salía a pasear un rato con Crispulo, que me duró un año y medio, hasta que me dio el ultimátum, o tu familia o yo, me dijo, y no tuve más remedio que mandarlo a la mierda, porque, a pesar de todo, a pesar de que yo era consciente de que me iba haciendo mayor y mi vida no se correspondía con las expectativas que había ido alimentando desde pequeña, he aprendido a ser fuerte, y a mí nadie me chantajea, y menos un extraño. ¿Qué sabía yo de Crispulo en realidad, a pesar de los dieciocho meses de relación? ¿Cómo podía estar segura de su fidelidad y compromiso hacia mí si me ponía en la tesitura de renunciar a mi familia por algo tan intangible como era nuestra felicidad juntos? Yo hubiera apostado sin dudarlo por un caballo ganador pero con él sólo intuía cien pájaros en el aire. Si lo considero con tranquilidad, me doy cuenta de que Crispulo no me llenaba realmente, ni siquiera lo quería. Tampoco quise a Aquilino, aun siendo el padre de mi hija. Ahora salgo con Álvaro. Alvarito, como le gusta llamarlo a mi madre con un punto se sorna. Llevamos tres meses de relación. Es feo y bruto y achaparrado, pero tiene buen fondo, y es muy trabajador, como mi padre, aunque eso no es garantía de nada. Por si acaso, yo vigilo que no se desmoralice cuando entra en casa y contempla a mi madre con la pierna vendada por las varices, quejándose

a cada instante de que, tras la operación, la han dejado peor de lo que estaba; a mis hermanos dando viajes hasta la nevera y cambiando de canal sin cesar; y, presidiendo el salón, mi hermano Salvador, ausente por momentos en su desván de sueños, hablando con Dios, como suele, hasta que regresa al mundo y yo le limpio las babas y le sonrío, y lo acaricio, y rezo para que no grite sus onomatopeyas ininteligibles y socave la moral de Álvaro, que mira hacia la televisión o hacia el suelo, o pajarea con la vista como un gorrión inquieto y evita posarse en la pierna hinchada de mamá o en el sillón ergonómico de Salvador, esos pilares sobre los que había ido edificando mi vida y que, tarde o temprano, ay, sabía que acabarían derrumbándose. Porque eso fue lo que ocurrió a los pocos días de la última visita de la tía Lucía.

Fue entrada la noche, con la familia entera en la casa, como si fuera una premonición. Yo había terminado de dar de comer al niño, y estábamos en torno a la mesa acabando de cenar. De repente, Salvador comenzó a emitir sus sonidos guturales, aunque sin estridencias, y a mover sus brazos arqueados. El niño está nervioso, dijo mi madre, parece que quiere algo, y mi hija se levantó por primera vez y se acercó hasta el sillón donde mi hermano enfermo se agitaba y él, de súbito, la rodeó con los brazos y la retuvo un instante. ¡Me ha abrazado!, dijo mi hija asombrada cuando aquél la soltó. Luego volvió a agitarse, y ahí notamos que él quería decirnos algo. Estaba extraño, y una suerte de excitación desconocida asomaba a su rostro. Mamá se levantó y él la abrazó igual que había hecho con mi hija. Tuve una intuición y dije que Salvador quería abrazarnos a todos. Me miraron como a un bicho raro, pero, uno a uno, fueron levantándose y acercándose hasta él, y, a todos por igual, los fue abarcando con sus brazos deformes a medida que fueron acercándose a su asiento, hasta que me llegó el turno y me acerqué, y le dije inusualmente, ¿qué te ocurre, Dorín?, como lo llamaba la tía Lucía, con la misma dulzura que ella lo hacía, y ahí fue

que me abrazó contra su pecho y no me soltaba, y ya fue imposible distinguir sus babas de sus lágrimas, ¿o acaso eran las mías? Porque su pecho convulso latía atropelladamente, y su abrazo duró siglos, y sentí un hormigueo que me recorrió todo el cuerpo, como una corriente eléctrica, y luego ya se soltó, exhausto, y emitió un último suspiro, y sus tenazas blandas se destensaron y se precipitaron, grávidas, por mi espalda. Yo me retiré y lo miré a la cara, y en su expresión serena, en sus encías mondas adiviné la sonrisa mística de Dios, el grato, sosegado estuario donde se remansan las almas sin mácula. En un instante comprendí que toda mi vida había tenido sentido; todas mis dudas existenciales cobraban ahora entidad; mis zozobras acerca del bien y del mal, sobre lo que era o no correcto en cada circunstancia de la vida se me revelaba de pronto con una claridad inusitada. Dorín me había dejado el legado de su abrazo continuado, me había abrazado más tiempo que a los demás, esa había sido mi herencia, la recompensa a mis desvelos. De nuestro arcano nada dije, nadie lo entendería, me tildarían de loca si lo manifestase, con toda seguridad espantaría a Álvaro.

Fue durante el entierro. La gente se me acercaba y me transmitía sus condolencias. En un momento dado se acercó la tía Lucía y me abrazó, y yo la abracé, y de nuevo me traspasó la corriente mística, y sentí una paz interior que era deleitosa, pero luego me abrazó más gente y yo les correspondí con mi abrazo, y ahí fue que me sobresalté y sentí un pánico mudo.

Ahora temo abrazar a Álvaro y al futuro novio de mi hija, ni siquiera abrazo a mis hermanos. Ahora miro a la gente en la calle pasando a mi lado y me sonrío. Pienso qué pasaría si abrazara a esa niña que pasea a su muñeca en un carrito o a ese mozalbete de pelo bermejo y cuajado de pecas que da patadas indiscriminadas a una lata de cerveza vacía o al señor que

vende manojos de espárragos en la esquina de la oficina de correos. He alcanzado la paz interior, y disfruto de esas tardes en que la tía Lucía nos visita y pregunta por la pierna vendada de mi madre, y tomamos café con magdalenas, y miramos el hueco vacío que dejó el sillón de Dorín, y lo recordamos en su despedida, y le pedimos a la tía Lucía que nos cuente historias de la posguerra, cuando ella se alimentaba de frangollos y chufas y sisaba lascas finísimas al trozo de queso que la abuela escondía bajo el colchón para la cena, y nos recitaba el romance de *Gerineldo*, y luego se despedía y yo me acercaba hasta la puerta, gracias, tita, por venir, le decía, y aprovechaba para abrazarla y sentir el hormigueo, y ella me miraba a los ojos y sonreía...como si comprendiera.